



FAMILIA, ESCUELA Y SOCIEDAD: ¿AGENTES DE HUMANIZACIÓN O DESHUMANIZACIÓN EN LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA?

Teresa Clavería Guzmán, Sylvana González Medina y Mónica Peña Lillo

RESUMEN:

La presente ponencia retoma desde la visión de lo humano la participación de los tres agentes formadores: familia, escuela, sociedad y su intervención en el proceso de humanización o deshumanización en la sociedad contemporánea, retroalimentando su mutua participación.

El trabajo centra su mirada en los tres factores que, de acuerdo a los estudios realizados por las autoras, tiene significativa gravitación en la formación personal y social del ser humano. Los valores, el proyecto de vida y la identidad personal-cultural son los aspectos abordados desde una perspectiva interdisciplinaria en los agentes formadores.

Además de entregar reflexiones e interrogantes sobre el tema expuesto, se presentarán conclusiones sobre el ejercicio práctico de este tema que se ha trabajado en el Proyecto Formación Inicial Docente.

ABSTRACT:

FAMILY, SCHOOL AND SOCIETY: AGENTS OF HUMANISATION OR DEHUMANISATION IN CONTEMPORARY SOCIETY?

This paper reconsiders from a human viewpoint the participation of the three educational agents: family, school and society, and analyses their role in the process of humanisation or dehumanisation of contemporary society, in terms of the feedback obtained from their mutual participation.

The paper focuses on the three factors, which from the work carried out by the authors, are significantly relevant in the personal and social training of the human being. These are values, life project and personal-cultural identity, and are approached from an interdisciplinary perspective on the part of the trainers.

In addition to providing considerations and queries on the subject, the paper also gives conclusions on how the subject has been developed practically within the Pre-service Teacher Education Project.

La sociedad contemporánea, dentro de sus múltiples facetas, se presenta hacia sus componentes como un medio socio-cultural que en un rápido y continuo devenir va dejando olvidado en algún rincón de su vertiginosa transformación al sin lugar a duda su principal actor, su propio creador: EL SER HUMANO. Aparece veladamente ante los ojos impertérritos de millones de miles de personas la figura de un mitológico y poderoso "dios", que por incertidumbre con relación a su desempeño frente a las demandas futuras, decide la opción de devorar a sus propios hijos.

Los seres humanos, teniendo presente que somos animales, presentamos diferencias que nos singularizan, y similitudes que nos asemejan como la conciencia de seres únicos capaces de trascender hasta en los mínimos detalles, los gestos y caricias en señales de afecto, y proponernos grandes empresas que nos permitan ir más allá de lo anhelado. Entonces lo humano en nosotros, haciendo nuestro el decir de Maturana, aparece en algún momento de nuestra historia, hace unos tres millones de años. Sin renegar de nuestro origen animal, necesitamos reconocer nuestra vida espiritual, la que permite la realización de un modo de vida

diferente a la de los demás seres vivos; vivimos en un mundo de relaciones con y para los otros, entendidos y aceptados como “legítimos otros”.

Las vinculaciones que se van estableciendo a lo largo del existir, precisan considerar prioritariamente estas interrelaciones; sin embargo, ellas aparecen ocupando sectores periféricos, desplazados en procura del logro de la llamada “realización personal”, que suele necesitar la negación del otro, para alcanzar el fin último: el éxito.

Vale preguntarse ¿quién o quiénes son responsables de esta situación? Podemos dar un largo listado de hechos, instituciones, situaciones, acontecimientos y hasta individuos que, sostenemos, pueden y deben asumir su responsabilidad, pero, la sociedad la conformamos todos; extenso resultaría presentar la participación de cada uno de ellos. Les invitamos a centrar su mirada en tres agentes: familia, escuela y sociedad para interrogarnos si cada uno de ellos en forma conjunta y/o aislada contribuye a humanizar o deshumanizar, recordando que “al hombre le es dado manejar con libertad su existencia, como si fuese un material... Por eso, es el único ser que tiene historia, es decir, que vive de la tradición, en lugar de vivir simplemente de su herencia biológica” (K. Jaspers).

La escuela aparece ante las posibilidades ofrecidas por la cultura, como la institución a quien le han sido encargadas importantes misiones: transmitir conocimientos, reforzar la adhesión a los valores reconocidos como tales, desarrollar habilidades, reconocer aptitudes, detectar intereses, asumir compromisos, definir un proyecto de vida, conocer, aceptar y practicar principios ciudadanos, asumir la herencia histórica, practicar la sociabilidad, desarrollar competencias, preparar para la vida futura, reforzar hábitos formados en la familia, preparar para los cambios futuros, capacitar en función de las demandas de las siguientes etapas, colaborar en la formación de la autoimagen, prevenir conductas de riesgo, entre muchas otras.

Las informaciones entregadas por cualquier medio de comunicación, vienen a mostrar que esta institución ha extraviado su norte, quedándose encasillada en pocas acciones. Principalmente, la transmisión de conocimientos, que en nuestro país se realiza preferentemente según las concepciones de la llamada escuela tradicional. Los alumnos de primer año que llegan a nuestra casa de estudios en búsqueda de la realización de sus vocaciones, demuestran dicha afirmación. Son poseedores de una serie de saberes fragmentados, carentes de relación entre sí, descontextualizados, sin mayor significación. Alcanzar paulatinamente la contextualización de ellos representa un desafío adicional a la función académica.

Sin desconocer lo anterior, un importante aliado para conceder relevancia a la escuela, se ubica en la concepción que subyace en el sentir colectivo: la educación permite la movilidad social. En lo cotidiano, se representa con expresiones como: “es la mejor herencia que se puede entregar a los hijos”; o en esperanzas que, inclusive agraden a la autoestima: “ojalá que sea más que yo”.

Contribuye a aumentar la importancia asignada a la educación el cambio de paradigma tradicional. La sociedad nacional mostraba a un tipo de familia nuclear y numerosa, en cuanto sus vástagos, como el ámbito más óptimo para la formación en valores y virtudes, donde la figura paterna, como principio de autoridad, no sólo es el jefe del hogar y único sustento económico, sino también el poseedor de la rectitud de pensamiento y acción, incuestionable incluso para la esposa y madre de los hijos. La crianza de los hijos enfatizaba el rol masculino como el más relevante. En el futuro, sería el hombre el que se constituiría como un nuevo jefe de hogar, por tanto su educación fuera de él –en lo posible, con estudios superiores o especialización– le permitirían alcanzar un mejor nivel socioeconómico para sustentar a su

futura familia; ambición importantísima para quienes aspiraban a un mejor lugar en la sociedad chilena. En cambio, a las mujeres se les daba una instrucción mínima fuera del hogar, y su rol era aprender a ser respetuosas con su marido, buenas dueñas de casa y criar bien a sus hijos con un conjunto sólido de valores y virtudes.

Ahora bien, en este contexto sociocultural el giro o cambio de paradigma en la educación familiar, lo constituyó un conjunto de hechos científicos, sociales, políticos, económicos, religiosos y movimientos juveniles que plantearon un cuestionamiento profundo sobre el hacer de la sociedad, y por tanto sobre cómo se desarrollaba la célula más importante de ésta: la familia. En nuestro país a mediados de los sesenta se instaure una jornada laboral más exigente, con una hora de colación, por ejemplo, que entre otras modalidades determinan un tiempo menor dedicado a la familia. (Los trabajadores chilenos –hombres o mujeres– actualmente se hallan, según estadísticas mundiales, entre los que más trabajan, lo cual restaría dedicación a la familia que han constituido).

Con todos los cambios, las responsabilidades en funciones educativas de la familia se transfieren a la escuela. También las funciones inalienables *de socialización y el desarrollo de la personalidad* en la formación familiar, se ven afectadas. En primer lugar, por el rol laboral activo que desempeña hoy la mujer y que por tanto ocupa el tiempo que antes tenía para la crianza de los hijos. Esto también repercute inmediatamente en el proceso de socialización de los niños, ya que ahora los asume mayormente el jardín de infantes y la escuela; con la presencia de ‘otra’, la nana, cada vez más indispensable en suplir la responsabilidad en las actividades domésticas, actuando como mediatizadora familia-colegio-sociedad, hábitos, valores llegan a jóvenes y niños desde su óptica.

En segundo lugar, los padres comienzan a descansar en su rol de primeros educadores de sus hijos en la escuela, al dejar que ésta forme a sus hijos en valores y actitudes acorde a las necesidades culturales y sociales del país. La justificación está dada por el exceso de trabajo de ambos padres y el poco tiempo que tienen para convivir con sus hijos, con los cuales se ‘disfruta’ en los malls, reemplazantes de las antiguas plazas del día domingo, lugar de encuentro social, en el que se jugaba, observaba, comparaba, dando la oportunidad de interactuar con otras familias, ampliar conocimientos e integrarse naturalmente al compartir con otros. Antes, además, una familia numerosa la constituían también los abuelos, factor más ausente cada día. Actualmente las características de la construcción de las viviendas impiden su presencia. Ellos eran los que reforzaban los valores, costumbres, hábitos entregados por sus hijos y transformados ahora en padres, aunque en más de una oportunidad las enseñanzas impartidas por padres y abuelos se contradecían. Pero sin duda, ellos entregaban afecto, comprensión, tiempo, transmitiendo la historia generacional, desarrollando o ayudando a descubrir el sentido de pertenencia y por cierto de identidad familiar que ayudaría a la vez en la formación de la identidad personal.

La situación expresada en el párrafo anterior, fue observada por nosotras en los alumnos de Bases de la Educación II; el cambio en la estructura familiar explica la sorpresa vivida por ellos al ser consultados en relación a los aportes que en esta materia han recibido de sus familias, sorpresa que se profundiza ante la interrogante de “¿qué han aportado cada uno de ustedes para la identidad familiar?” La totalidad de ellos reconoció que era la primera vez que analizaban esa interrogante. Los padres, así, han ido reduciendo su rol de formadores y delegando gran parte de la entrega de afecto y recursos materiales a la escuela, a la cual se le exige un óptimo desempeño en educación social, sexual, etc. aparte de los contenidos que otorguen la base óptima para llegar a la educación superior. Esto se visualiza en aumento.

Los padres aspiran a un mejor nivel de calidad de vida para sus hijos, y, en una sociedad en constante competencia, los padres no se sienten capaces de entregar todo lo necesario a sus hijos para el desarrollo armónico de sus vidas. Esto los hace suponer que la entrega de bienes materiales, que la mayoría de las veces, sobrepasa las verdaderas posibilidades económicas familiares, solucionará los problemas. Difícilmente plantean la necesidad de proyectar la existencia, la vida se vive en el día a día, transformándose en una suerte de incertidumbre, guiada por el azar. De hecho se renuncia a una actividad propia de condición humana, como ser que el hombre es el único ser vivo capaz de establecer proyección hacia el tiempo futuro, por lo tanto no existen proyectos de vida. De este modo, solicitan y exigen a la escuela una formación valórica adecuada para sus hijos, pero también desean una enseñanza de conocimientos que les permitan ocupar un status elevado en la sociedad.

A su vez la escuela en estos últimos 30 años ha sufrido cambios significativos en su estructura social-curricular y en el rol que le exige la sociedad. Sin duda, la asistencia a los diferentes tipos de escuelas (pagadas y gratuitas) ha distinguido la enseñanza y por ende el status social de los hombres y mujeres en general. En Chile, a comienzos de los ochenta, la entrega de las escuelas y liceos fiscales, instituciones formadoras de la clase media reconocida por sus saberes intelectuales, a la administración municipal hizo más grande la diferencia entre los sectores sociales de mayor deprivación sociocultural. Los municipios con más recursos (los menos en nuestro país) podían apoyar mejor a sus escuelas e incluso otorgarles cierta autonomía a los profesores en la administración de ellas. Por el contrario, la idea de una educación fiscal de calidad o igualitaria, se cambia por la impresión de escuelas municipales pobres y sin recursos (como las policlónicas), con profesores mal pagados, desmotivados y alumnos peor preparados para enfrentar con herramientas adecuadas al cambio económico y cultural apreciable desde los años ochenta en Chile. A partir de los noventa, el MECE (Mejoramiento de la Calidad y la Equidad en la Educación) como política educativa ministerial, entre otras, buscará paliar estas fallas estructurales en un contexto de recuperación democrática. Es así como de esta manera, los sectores de mayores recursos económicos tienen acceso a una educación con significativas ventajas en los avances científicos y tecnológicos, que le facilitan a la vez a los educandos una inserción fluida a las grandes esferas de decisión y poder en las macroestructuras sociales de cambio e innovación; entonces el MECE tiene por objetivo nivelar estas grandes diferencias entre la educación pagada y la subvencionada o municipalizada. Por otra parte, las familias adquieren mayor conciencia de la importancia de una buena educación, entendida ésta como aquella que es capaz de dar los conocimientos y herramientas adecuadas para un buen desempeño social y laboral en una sociedad en constante cambio.

¿Qué entendemos por sociedad humanizadora? Independientemente de cómo entendamos sociedad (como asociación humana, relación social, grupo, conjunto de instituciones), la realidad nos muestra que los seres humanos vivimos en permanente interacción unos con otros. Esta interacción genera determinadas prácticas sociales a nivel relacional. Y estas prácticas pueden ser profundamente humanas o generar intercambios desprovistos de los factores que conforman la esencia de ser hombre y manifestarse solamente como fines instrumentales.

Nuestras prácticas derivan de nuestras necesidades, de nuestra postura ética, de nuestra inserción social, de nuestros aprendizajes adquiridos tanto en la familia, en la escuela, con nuestros pares, en las relaciones laborales, etc., de nuestras miradas cotidianas a nuestros entornos sociales.

Actualmente, vivimos en un mundo globalizado (o norteamericanizado), en el cual nuestra sociedad está conectada en todos los ámbitos con otras sociedades. La información instantánea de los sucesos que ocurren en el mundo, de todas las sociedades en movimiento, cruzan nuestros espacios visuales y auditivos. De la profusa información que recibimos, seleccionamos aquella que nos resuena conocida, la nueva información queda suspendida hasta que la codificamos en nuestro lenguaje cotidiano y aparece en nuestro discurso, o en nuestra práctica.

Actualmente, sin embargo, aparecen diferentes discursos basados en los mismos valores. Una rápida mirada a lo que nos entrega la escuela, la familia, los grandes discursos globales de los derechos humanos muestran que en el fondo son uno solo. La disonancia se produce en la práctica. En nuestra práctica, en la práctica que muestran los medios de comunicación, en las propagandas del comercio, en las prácticas de la escuela, de la familia, de los diferentes subsistemas que componen la sociedad y que hablan, pero no ejercen; que dicen, pero no hacen.

Por tanto, nos encontramos con un discurso social que valora determinadas acciones y con una práctica social que legitima otras. ¿Es el sino de la modernidad, señalar esta dualidad? ¿Cómo volver a humanizarnos, y no vivir desgarrados entre la teoría y la práctica?

La posibilidad que surge, es la apropiación del presente. Lo cual significa cambiar nuestras prácticas, en los espacios que tenemos dados para ello: la familia, la escuela, la sociedad. Pero no cambiar desde el otro, sino desde nosotros mismos y no hacer más “como si” no pasara nada.

Lo anterior implica desarrollar la sociabilidad como “una base sobre la que se sustenten las certezas y las seguridades, en la cual ocurra el despliegue de vínculos cotidianos entre los individuos que se sustentan en el mutuo reconocimiento como participantes de una comunidad de saberes, identidades e intereses” (PNUD, 1998, p. 59).

Por tanto, el proyecto de vida no es lo que pasará al fin de nuestros días, sino lo que hacemos día a día; es decir, cómo vivimos la utopía en el hacer de hoy. Para esto, se requiere generar las instancias participativas necesarias para ejercer en dignidad nuestro ser social.

Pero no es un proyecto que se hace en soledad, sino ocupando los espacios públicos para ello desarrollados por otros hombres y mujeres que nos antecedieron. Nuestra historia social da cuenta profusamente de las formas de organización social que se desarrollaron en nuestra sociedad, las cuales proporcionaron a sus integrantes lazos de solidaridad, identidad y beneficios materiales.

El Estado, durante gran parte de nuestra historia, también proporcionó grandes estabildades y sus políticas fueron generadoras de identidad social en el quehacer colectivo. El Estado se hizo de políticas y de participación: derechos y deberes de los ciudadanos. Fue el gran distribuidor de oportunidades materiales, culturales y educacionales, enfocadas a la mayoría de la población.

Debemos recordar que nuestro país se desarrolló aproximadamente durante 30 años (desde los años 30 hasta el principio de la década del 70), bajo el paradigma del Estado de Bienestar, en el cual se consiguieron grandes avances en las políticas sociales de salud, educación, previsión, vivienda, trabajo.

La sociedad civil estaba organizada de diferentes maneras, de acuerdo a sus necesidades, fines, estratos, etc. Es así que existían sindicatos, colegios profesionales, federaciones de estudiantes, cooperativas (de: consumo, vivienda, productivas, etc.), juntas de vecinos, par-

tidos políticos, centros de madres y otras, lo que daba un margen de interlocutores bastante amplio, tanto para las peticiones, como para el hacer. Cada organización tenía sentido y producía sentido. Algunas estaban dotadas de mecanismos de control ético sobre sus miembros y por ende, sobre su ejercicio profesional. Existía un empoderamiento social que se ejercía.

La modernización autoritaria del Estado privó de sentido ético y de empoderamiento a las organizaciones constituidas de la sociedad, privatizó la sociabilidad y la política por largos 17 años. ¿Cómo es posible privatizar esto se preguntarán? Ocurre a través del desplazamiento del discurso. Por un lado se priva a los ciudadanos de su capacidad de tales, privatizando el ejercicio político, al mismo tiempo que la cúpula de poder se hiperpolitiza; por otra parte, se priva de poder (despoderamiento) a las organizaciones y se genera un discurso público que lleva explícitamente a la generación de desconfianzas, tanto a nivel de las personas, de las instituciones, como de los territorios.

Al ocurrir esto, se pierde el sentido de colectivo. Para ahondar más la desaparición y el sin sentido del colectivo, las políticas sociales se focalizan. Ahora es escuchado el caso individual. En los trabajadores, la negociación de sus garantías puede ser colectiva o individual. Las facultades éticas de las organizaciones se pierden, el papel del Estado cambia, permanece sólo la regulación que se realiza por intermedio del mercado. ¿Pero es posible regular la ética vía mercado? ¿Están informados los ciudadanos respecto del alcance de los cambios ocurridos? En este conocer actual, los medios de comunicación adquieren un rol fundamental. No solamente son nuestros filtros respecto a lo que debemos conocer, sino también en relación a cómo conocemos. En este sentido, su quehacer ético se hace indispensable en la recuperación y ejercicio de la democracia, como en la práctica de la libertad de prensa, y no deformar aún más nuestras percepciones respecto al quehacer propiamente humano. Actualmente, las empresas económicas propietarias de los medios de comunicación, buscan más posesionarse del mercado, que desarrollar una función social, como la que tenían en el inicio de su gestación en nuestro país, cuando estaba asociado su quehacer a las universidades. Con esto queremos decir que tienen un rol educativo que desarrollar, o en este caso, recuperar, para convertirse en un agente de humanización en la sociedad contemporánea.

REFLEXIONES FINALES

¿Qué rol asumirá la familia en el siglo XXI? Sin duda que el tiempo de relación familiar se verá valorizado por la escasez que tendrá para sus integrantes: jornadas laborales extensas, cursos de perfeccionamiento constantes (en los mejores casos tal vez), jornadas escolares continuas para los hijos, espacios de encuentro en el hogar restringidos a ciertas horas, días o lugares diferentes a los tradicionales (como el parque o la plaza) reemplazados por el mall, u otros similares. Si Chile busca un mejoramiento en el desarrollo económico siguiendo pautas de otros países que han logrado metas interesantes de progreso, deberá también asumir que los costos para la familia se tendrán que compensar de alguna manera. Tal vez apreciando las fórmulas nuevas que concilian progreso social sin pérdida de relaciones familiares, diferentes a las tradicionales sin duda, pero no exentas de calidad y calidez.

La familia y la escuela tienen la enorme responsabilidad de definir al tipo de persona que ayudarán a formar, los valores que considerarán prioritarios para el futuro desempeño personal, social y ciudadano:

- ¿será una persona que decida cooperar en la existencia de un entorno más justo?, ¿o buscará su propio bienestar sin importar lo que suceda con los otros?,

- ¿tendrá la capacidad de ponerse en el lugar de los más desposeídos en lo material y/o lo afectivo?,
- ¿o rechazará a todos los que tengan un pensamiento divergente?,
- ¿poseerá la capacidad de confiar en sus propias capacidades y en la de los demás?, ¿o será un ser que dudará de sí mismo y, por ende de todos los que lo rodean?,
- en sus relaciones interpersonales ¿primará el respeto?, ¿o con su agresividad eliminará a todos los demás?,
- ¿tendrá la capacidad de tomar y asumir sus decisiones?, ¿o permanecerá en constante espera de las decisiones que otros escojan, sin asumir las respuestas que ellas provoquen?,
- ¿podrá entender que la humanización se encuentra y se aprende en el interior de la familia?, ¿o pensará que independiente de la familia, cada individuo por el hecho de nacer es un ser humano?,
- ¿entenderá que la inestabilidad familiar es un agente de deshumanización?

Estas interrogantes involucran directamente a las dos instituciones, pero encuentran su respuesta en un contexto social y la sociedad, tanto su mantenimiento como su posibilidad de cambio o transformación, pasa irremediamente por las manos nuestras: los educadores.

En este sentido, nuestra práctica académica en el Proyecto de Formación Inicial Docente (FID), desarrollada durante el segundo semestre académico, ha puesto a prueba por una parte el desafío de la interdisciplinariedad que permite superar los conocimientos fragmentados, para develar la realidad en un contexto global, como nuestra praxis en la recuperación de un aula que proyecta espacios democráticos, de recuperación del sentido valórico de la educación, de la capacidad crítica, de la discusión de los temas que hoy aparecen relevantes y contradictorios para enfrentar el tercer milenio, desde un saber humanizado, con sentido.

La apropiación del saber para su creación y recreación por parte de los alumnos, es la fortaleza que guía la puesta en práctica del proyecto y es nuestra apuesta a futuro, para una sociedad que preserve, proyecte y amplíe desde el quehacer cotidiano, la justicia, la libertad, la participación desde sus instituciones y personas.